

*W. Nector*

UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE

Discurso pronunciado por el Rector de la Universidad Católica de Chile, Fernando Castillo Velasco, ante los becarios de Intercambio Cultural Estudiantil Americano (ICEA).

PATRIMONIO UC

Santiago, 5 de Enero de 1970.



Invitado a disertar sobre la violencia, me veo obligado de partida a circunscribir el tema: debo por lo tanto hacer una opción. Entre los mil enfoques posibles del tema, debo elegir uno que me permita proponer algunas reflexiones y obtener algunas conclusiones.

Lo único honesto es por otra parte hablar sobre lo que uno conoce. Yo no podría hacer una teoría de la violencia, porque no me corresponde. Ni podría tampoco hacer un análisis de la violencia en América Latina, porque no es ese mi campo, ni conozco una realidad tan compleja de manera suficiente como para hablar de ella, aquí frente a ustedes.

En cambio, puedo hablar de mi experiencia como Rector de una Universidad que está empeñada colectivamente en una verdadera revolución. He vivido esa experiencia durante estos años de Reforma y puedo comunicarles mi pensamiento sobre ella. En ese terreno mis palabras serán la expresión de algo que hemos vivido intensamente un grupo de hombres y jóvenes, junto a toda una comunidad universitaria. Yo les pido perdón por traer aquí este tema, pero me pareció que tenía conexiones muy profundas con la preocupación sobre la violencia que ustedes han manifestado al elegir ese tópico. No hubiera podido tampoco hacer otra cosa: en un tiempo en que se dicen demasiadas palabras, en que se malgasta tan fácilmente el lenguaje con fines de propaganda o de autoafirmación, yo me sentí responsable de hablar de un proceso del que puedo ser un intérprete. Al que no necesito encubrir bajo frases o revelar con palabras falsas: que tiene su propia verdad que decir y que tiene una historia en plena marcha que relatar.

-----

Cuando se inició, en Agosto de 1967 la Reforma de la Universidad Católica de Chile, las cosas parecieron ocurrir de manera imprevista: la Federación de Estudiantes "se tomó" los locales universitarios; los ocupó por la fuerza y se dispuso a mantenerlos bajo su control hasta que se produjera un cambio en la autoridad y un compromiso formal por parte de las nuevas autoridades de llevar a cabo una serie de transformaciones muy sustanciales en la estructura y en la vida de la Universidad.

La Reforma se inició por lo tanto con un hecho de fuerza. De inmediato la "prensa seria" de este país reaccionó, de acuerdo a su estilo muy particular: sindicó a los estudiantes como delincuentes comunes; pidió la intervención de la fuerza pública para sacar a los amotinados del recinto de la Universidad; comparó la acción de la Federación de Estudiantes con las estrategias y tácticas de los grupos guerrilleros del Continente.



Pero nadie recordó en ese momento, en cambio, que esa Federación venía exigiendo desde hacía seis años una Reforma para la Universidad. Nadie recordó que la Universidad estaba en crisis; que la autoridad no representaba a la comunidad, que los estudiantes y profesores eran tratados como menores de edad y no se les reconocía el derecho a participar en el gobierno universitario.

En fin, nadie intentó explicar esa revolución como el resultado final de un largo y complejo proceso.

No hubo un análisis sereno de los hechos. La opinión pública fué llevada a reaccionar según ciertos estereotipos y de acuerdo a las imágenes que se transmitían de los hechos y que frecuentemente los distorsionaban.

Se dijo, por ejemplo, que la acción estudiantil era una maniobra comunista, con el fin evidente de agitar un sentimiento anti-comunista que generalmente está destinado a servir la defensa del orden establecido y de ciertos intereses bien egoístas. Se identificó la estrategia estudiantil con las actividades guerrilleras, lo que a todas luces era una exageración, pero una exageración que podía rendir dividendos.

Se silenció la crisis de la Universidad y su profundo desquiciamiento académico y administrativo, con el fin de restar legitimidad a la Federación de Estudiantes y a su actuación revolucionaria.

Pero en verdad: ¿qué había ocurrido?

Ocurrió que un sistema de Universidad en crisis, dirigida por una autoridad también en crisis, pretendió perpetuarse más allá de su capacidad histórica de sobrevivir. Para ello recurrió a todos los recursos defensivos que son válidos en esas situaciones: frenar los impulsos de cambio; reprimir la voluntad de participación de la mayoría; afirmar el derecho de los que detentan la autoridad a mandar, aunque en la práctica no tuvieran ya los medios para dirigir la comunidad; a las amenazas y las dilaciones, etc..

Es decir: se hizo precisamente lo contrario de lo que hubiera sido necesario hacer. En vez de aprovechar la energía de la juventud, se la marginó aún más; en vez de poner en marcha los cambios más necesarios, se les postergó indefinidamente; en vez de afirmar la autoridad sobre la voluntad de las mayorías, se la apoyó en minorías cada vez menos representativas y se recurrió a las amenazas. De esta manera se hizo imposible continuar cualquier tipo de relación entre la autoridad y los grupos más inquietos y radicales de los alumnos. Se obligó a estos últimos a optar entre una acción desesperada, audaz y probablemente destructiva o la inacción; claudicar, mantener unas negociaciones que seguramente no llevarían a nada.



Es en este cuadro precisamente que pueden producirse y de hecho se producen muchas veces situaciones de violencia; es en estas situaciones que grupos que impulsan y exigen cambios legítimos y necesarios, debe recurrir a veces a la fuerza. Lo que ocurrió a escala menor en la Universidad, se reproduce -con otras características, naturalmente; con otros actores; pero dentro de una misma lógica-, a escala mayor en los países. Allí también -y la historia de América Latina durante las últimas décadas es una demostración demasiado fuerte para no querer aprender de ella- allí también ocurren esas situaciones explosivas, que son el resultado de un sistema en crisis y de autoridades incapaces de responder a los anhelos y las necesidades de sus pueblos. Los Obispos en Medellín decían: "América Latina se encuentra en muchas partes ante una situación de injusticia que puede llamarse violencia institucionalizada, porque las estructuras actuales violan derechos fundamentales, situación que exige transformaciones audaces, urgentes y profundamente renovadoras".

Cuando esas transformaciones no ocurren; cuando derechos legítimos no son reconocidos; cuando las autoridades ya no son capaces de gestos de audacia y de generosidad; cuando no logran poner los ideales del pueblo por encima de su propia seguridad, entonces habrá grupos que necesariamente optarán por el recurso a la fuerza y muchos de ellos estarán inspirados en el bien de todos; perseguirán ideales muy altos, serán honestos y consecuentes luchadores o, más simplemente, hombres dispuestos a construir un mundo mejor y a entregarse enteros en esa causa. Ellos merecen el respeto, porque son honestos. Cualquiera sea el juicio político sobre su actuación, es necesario reconocer su consecuencia, el afán noble de jugarse por lo que consideran los ideales más dignos. Junto a ellos existirán también oportunistas; aquéllos que aprovechan la violencia de una situación para descargar su agresividad u ocultar su mediocridad. Grupos que hacen de la fuerza un medio permanente de lucha o que buscan la destrucción de un mundo sin pensar en la construcción de otro, que sea más justo y haga posible la felicidad de todos. Estos últimos merecen nuestra oposición, porque seguramente actúan sin razones valederas; porque no sufren el dolor de optar por la violencia para desterrarla del mundo; porque con su acción suelen retrasar el avance de la historia, en vez de apurarlo y fortalecerlo.

La lección que nosotros aprendimos fué una en consecuencia: hay situaciones en que el recurso a la fuerza se impone como último argumento para seguir avanzando. En esas circunstancias, nadie escoge con alegría el rigor de la violencia. Opta por ella como una última posibilidad. Como el único camino viable para avanzar en una dirección que se estima la correcta, la más justa. La elige frente a una realidad que suprime toda otra posibilidad eficaz de cumplir con la misión que uno se ha impuesto.

Pero entonces la fuerza es sólo un instrumento. No justifica la arbitrariedad, los desbordes y el fanatismo, sino que impone a quienes la usan la ma-



yor responsabilidad: emplearla como un medio para cambiar una situación que de otra forma permanecería, causando aún mayores injusticias. Como un lenguaje nuevo, allí donde las palabras han perdido toda validez y sólo es posible callar y actuar.

Eso aprendimos nosotros y a eso somos fieles.

-----

Pero somos fieles también a la razón histórica que justificó el uso de la fuerza en la Universidad hace 2 años, un 11 de Agosto de 1967.

No llegamos a pedir o a recibir un poder para mantener intocadas las cosas o para preservar ese orden que había dado lugar a una situación violenta.

Nos propusimos Reformar la Universidad: fundar una Universidad Nueva. Pero no es ésta la oportunidad para que pudiésemos conversar sobre lo que nos propusimos hacer en la Universidad y lo que hemos estado realizando. En cambio, hay temas que necesariamente deben hacernos reflexionar.

La Reforma nació de una situación violenta. Se gestó por la fuerza, que fué la fuerza que hizo nacer la Reforma. Pero la Reforma no podía imponerse por la fuerza ni gobernar por la fuerza.

Un proceso de cambios auténtico requiere del apoyo libre, organizado y generoso de muchos hombres. Tiene que generar una mística y una movilización colectivas. Eso en cualquiera parte del mundo, en un país o en una Universidad. De lo contrario no hay cambios. Hay una nueva dominación; hay transformaciones forzadas; hay el disfraz de algo nuevo, pero no un nuevo hombre, una nueva Universidad, un pueblo nuevo.

La Revolución se construye con alegría. Es capaz de generar sus poetas y canciones o está condenada a desaparecer. Y donde reina la fuerza, la alegría de construir algo se esfuma. Por eso que nosotros en la Universidad, como primera medida de la Reforma, instauramos una verdadera democracia universitaria. Las nuevas autoridades fueron elegidas. Los profesores, estudiantes y funcionarios fueron invitados a participar activamente en la construcción de la Universidad. Nadie fué excluído por razones ideológicas o políticas. Todos debían tener una oportunidad igual de participar en el trabajo y en el gobierno de la Universidad. Nosotros sabemos que ese camino es más difícil. Porque una Reforma es un proceso complejo que choca contra la mentalidad y los intereses de mucha gente; que debe cambiar estructuras y estilos que la tradición suele convertir en naturales. Por eso es más difícil avanzar dentro de un marco democrático, que admite la crí-



tica y la oposición. Que incluso sirve para que algunos se aprovechen de las libertades reconocidas y abusen de ellas y con esto pongan en peligro el avance de la Reforma. Pero aún así es necesario aventurarse por este camino. Alguien dijo alguna vez: "el que hubo de crear algo nuevo tuvo sus ensueños y sus signos de estrellas y tuvo fe en la fe". Nosotros tenemos nuestros ensueños y fe en la capacidad del hombre para trabajar contra el supuesto "sentido común" por algo lejano, que muchas veces parece una utopía. Tenemos fe en la libertad y en la generosidad de la juventud, sobre todo; en su imaginación y en su audacia para descubrir caminos nuevos. Para salir a la conquista de territorios todavía no explorados. Por eso expusimos la Reforma al riesgo de la democracia. Quisimos intentar una vez más la aventura de aquéllos que para construir hacen descansar su autoridad en la voluntad de la mayoría. Que no temen por eso la crítica y la oposición. Que incluso están dispuestos a fracasar en su intento, si así es necesario, para permanecer fieles a una vocación y a un ideal.

Porque el poder no es un fin en sí. Porque la autoridad no tiene otro sentido que encauzar las energías de la comunidad tras un objetivo común. Porque si la autoridad se ve obligada a reprimir y a amenazar; si no es capaz de suscitar el apoyo y el fervor de muchos; esa autoridad pierde su razón de ser. Podrá mantener las formalidades del poder, pero no la capacidad que se necesita para realizar una obra. Y entonces ya no tiene justificación desde el punto de vista de la Reforma o de la revolución mantener ese poder.

Esta fué la segunda gran lección que hemos aprendido durante los dos años de Reforma: no se construye algo nuevo, que sea realmente válido, que represente un anhelo profundo de la gente, si la obra no es realizada con la participación de todos. Si no hay una responsabilidad solidaria en la acción; si la autoridad no es realmente una expresión y una vanguardia de la comunidad entera.

-----

Muchas veces hemos escuchado hablar de la revolución como un acto por el cual un grupo o un partido o el pueblo toman el poder y desplazan de él a otro grupo o partido. Más auténtica sería esa revolución, se dice, en la medida que la conquista del poder incluyera signos de violencia visibles y notorios. Ya hemos discutido el papel de la fuerza en los procesos de cambio institucional.

Pero tenemos aún algo que agregar: la revolución no es un acto. No es una mera sustitución de fuerzas en la cúspide del poder.

La Revolución, y así lo hemos aprendido en la Reforma de la Universidad, es un largo, costoso y empinado camino. Son muchos días, muchos meses,



años de trabajo arduo y disciplinado. Se construye algo nuevo a costa de muchas renunciaciones; de un amor insobornable por la tarea en que se está empeñado. Si la Reforma no se hubiere hecho igual a nuestra vida; si no quisiéramos ponerla todos los días por encima de nuestro interés personal, de nuestras ambiciones y las vanidades tan humanas; si no pudiésemos sentir por la Reforma el amor que cualquier ser humano siente por lo que hace con honestidad, por lo que crea -como el artista por su obra, como el artesano por su producto- la Reforma no podría existir. La creación de un mundo nuevo exige esos trabajadores abnegados, exige disciplina, exige organización. Nadie construye nada de un día para otro. Hay que estar dispuesto a conquistar cada día de nuevo el mundo para llegar a transformarlo. Hay que estar dispuesto a hacer los trabajos más ingratos y más oscuros y más pesados, para avanzar en el camino de las transformaciones.

Cuando se trata de mantener un orden establecido, de asegurarlo, de darle mayor estabilidad y evitar su reemplazo, todo es más fácil. Por último, porque basta seguir los caminos recorridos ya mil veces; ejecutar las mismas operaciones; repetir incansablemente las viejas ideas y los viejos estilos. Pero cuando llega la hora de cambiar algo, cuando se trata de revolucionar una situación que se ha mantenido por mucho tiempo, hay que multiplicar los esfuerzos, hay que inventar permanentemente, hay que avanzar siempre, y uno se equivoca y muchas veces hay que retroceder y empezar de nuevo. Y todo esto exige un gran esfuerzo y lealtad y fortaleza. Si no existen los hombres capaces de soportar el rigor de una empresa así, la Reforma fracasa,

Muchas veces hemos visto que aquéllos que más hablan de la revolución, que en la hora de los golpes y del choque son los más bulliciosos y los más encendidos, después -cuando llega el momento de construir- se van quedando atrás, y critican la lentitud del proceso. Quieren vivir permanentemente la intensidad del choque, el fragor de la lucha, caminar siempre con las banderas rojas de la revolución en alto. Pero eso no es posible. Eso es destruir el avance. Eso es "infantilismo revolucionario".

El tiempo más plenamente revolucionario es el tiempo de la construcción de un nuevo orden. Es el ascenso hacia las cumbres; es el momento de la lucha silenciosa que ocurre en los laboratorios y en los talleres y en las empresas y en los campos; es no la hora de las banderas y de las barricadas, sino la de las herramientas de trabajo que permanecen quince horas al día en acción, sin ningún lamento, con disciplina y con rigor. "Ese es el tiempo que hemos aprendido a vivir en nuestra Reforma y que, finalmente, dará por resultado la obra que queremos construir!"

Tal ha sido la tercera lección que hemos aprendido: trabajar y trabajar; con disciplina, con fortaleza, con paciencia. Sólo por ese camino es posible avanzar. No hay ninguna vía alternativa.



Permítanme decirles al finalizar, que sólo he querido exponer una experiencia de muchos que trabajan en la Universidad Católica de Chile y que comprenden las limitaciones y también el valor de su acción. No pretendemos haber iniciado la Revolución chilena. No tenemos, ni siquiera, la pretensión de un éxito. Pero sí estamos convencidos de todo lo que hemos aprendido. Y que es necesario seguir aprendiendo.



PATRIMONIO UC